

UMBERTO SENEGAL¹

BALLET PÓSTUMO

Esos ahorcados pertenecían al grupo de danzas. Pero le aseguro que no es el viento el que los mueve así...

ERINSA

Ese enorme barril de cedro rosado donde mis abuelos acopiaban agua de lluvia y al cual no me dejaban arrimar...

Me llega su fragancia al evocarlo. ¿Para qué un recipiente de tal volumen, si en la finca no había problemas con el agua? La casa estaba junto al río. No es tema para niños. Y se molestaban si yo insistía en preguntar. Cuando seas mayor te lo diré, con tono confidencial prometió mi abuela cuando abuelo se fue refunfuñando. No quería esperar tanto tiempo. Ese tonel era mi constante tentación de niño. Quebranté la confianza de mis abuelos y una noche fui hasta allí, luego del aguacero que lo colmó haciéndole derramarse su contenido. No sé cuánto tiempo demoré bajo el árbol, cerca del barril, observando escurrir el agua. Tampoco sé por dónde llegó ni por qué vivía ahí, pero cuando la sirena se asomó a mirar en torno, tropezó con mi tranquila mirada. Encantadora sirena. Ninguno se sorprendió con el otro.

¹ Escritor, educador, editor y fotógrafo. Sus más recientes publicaciones: *La uva de los filósofos* (Microrrelatos, 2010); *Quién patea un perro muerto* (Microrrelatos y Cuentos atómicos, 2010); *Microrrelatos para cronopios* (Microrrelatos, 2013). <http://umbertosenegal.blogspot.com>

Tendría 15 años si lo deduzco de la edad de las personas. Seis más que yo. Por algún motivo mis abuelos me impedían verla. Creía en sirenas, más que ellos. Cuando bajó una por el río, se lo describí a ellos pero se burlaron de mí. Fue mucho antes de mi abuelo construir el barril. Sentí deseos de lanzarme al caudaloso río y seguirla. Casi me pegan, niño no digas nunca más esas cosas. Ignoraba que mi madre había muerto ahogada en ese río. ¡Las sirenas no existen!, afirmaron ambos, insistiéndomelo durante mucho tiempo, hasta el extremo de que una mañana grité a otra que bajaba cantando por el río invitándome a irme tras ella, ¡usted no existe!

Me lo reafirmó sonriendo, no existimos, niño, no existimos.

UN SOLO DESEO

Al caracol que le enviaron las olas hasta la playa, le descubrió forma de lámpara. Otra especie de lámpara de Aladino, discursó esperanzado y comenzó a frotarla. Un solo deseo. No necesitaba más. Con sus ojos zambulléndose en el mar acarició en vano, hasta el anochecer, al dorado caracol. Nada sucedió. Ya no hay lámparas de Aladino. Un simple caracol. Y lo tiró mar adentro regresando a su vivienda sin darse cuenta de la seductora sirena que, un poco retrasada y confiando en encontrar allí al amor de su vida, llegó hasta el lugar donde él había encontrado el caracol.



Barco a la vista
(2012) © Gerardo Piña Rosales